

Miguel Morey

Deseo de ser piel roja



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: marzo de 2026

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de cubierta: Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Miguel Morey Farré, 1994, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

ISBN: 979-13-7009-180-4
Depósito legal: M-131-2026
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Nota del autor
15	Deseo de ser piel roja
223	Postdata

Wenn man doch ein Indianer wäre, gleich bereit, und auf dem rennenden Pferde, schief in der Luft, immer wieder kurz erzitterte über dem zitternden Boden, bis man die Sporen liess, denn es gab keine Sporen, bis man die Zügel wegwarf, denn es gab keine Zügel, und kaum das Land vor sich als glattgemähte Heide sah, schon ohne Pferdehals und Pferdekopf.

FRANZ KAFKA, *Wunsch, Indianer zu werden*

(Si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, y sobre un caballo que cabalgara veloz, a través del viento, constantemente estremecido sobre la tierra temblorosa, hasta quedar sin espuelas, porque no hacen falta espuelas, hasta perder las riendas, porque no hacen falta riendas, y que en cuanto viera ante sí el campo como una pradera rasa, hubieran desaparecido las crines y la cabeza del caballo. *Deseo de ser piel roja.*)

Nota del autor

Novela familiar (*Familienroman*) es un término acuñado por S. Freud para designar las «fantasías mediante las que el sujeto modifica imaginariamente sus lazos con sus padres (imaginando, por ejemplo, que es un niño encontrado). Tales fantasías tienen su fundamento en el complejo de Edipo» (J. Laplanche, J. B. Pontalis: *Vocabulaire de la psychanalyse*, 1968²). La expresión aparece por primera vez en su correspondencia (*Aus den Anfängen der Psychoanalyse*, 1887-1902; carta del 20-VI-1898), al comentar lo que había de ser la primera aplicación del psicoanálisis a la literatura, su lectura de *Die Richterin*, de C. F. Meyer. Dice allí: «No me cabe duda de que se trata de un mecanismo defensivo literario contra el recuerdo que el autor tiene de una relación íntima con su hermana. Lo curioso del caso es que esta defensa se realiza *exactamente igual* que en una neurosis. Todos los neuróticos crean la denominada novela familiar (conscienciada en la paranoia) que por un lado sirve a la necesidad de autoencumbramiento y por el otro al rechazo del

incesto.» Más adelante, Freud dedicará un breve artículo al tema («Der Familienroman der Neurotiker», publicado originalmente en el libro de Otto Rank: *Der Mythos von der Geburt des Helden*, 1909), en el que se lee: «La sensación de que su propio afecto no es plenamente retribuido se desahoga entonces en la idea, a menudo conscientemente recordada, de ser un hijastro o un hijo adoptivo. Numerosas personas que no han llegado a la neurosis recuerdan a menudo ocasiones de esta especie, en las cuales, influidos generalmente por la lectura, interpretaron así las relaciones hostiles de los padres y reaccionaron en consecuencia.»

Según esta caracterización, es probable que la historia entera de lo que conocemos como *novela* quedara, de un modo u otro, comprendida en ella: desde *El Lazarillo*, cuyo carácter autobiográfico aún se discute, hasta las creaciones más clásicas del Bildungsroman, en las que la ficción constituye una parte eminente en la formación del héroe – es decir, del autor. Pero lo que el análisis de Freud deja en la sombra es precisamente la especificidad del lugar en el que se constituye esta experiencia, que no es la psique, sino la escritura. Lo que así queda en el aire es la nevadura del carácter *literario* de ese llamado «mecanismo de defensa», la pregunta por el entramado de relaciones que constituyen eso que tan alegremente se despacha como «influencia de la lectura». Desde *El Quijote*, ese y no otro es justamente el asunto de la novela: la experimentación en ese tipo de memoria *otra* (esto es: de reserva de la experiencia que encofra nuestro sentir en un sentido, conduciendo así las maneras de nuestro ver, entre la banalidad y la alucinación, y de nuestro decir, entre la redundancia y el delirio), memoria que solo se hace posible a partir de este peculiar encuentro entre la ficción y la palabra escrita.

En buena medida, lo que de ejemplar tiene este tipo de memoria que conocemos con el nombre de literatura es su empeño por engastar las imágenes de la fascinación en un material noble. Lo propio de imágenes de la fascinación como la que el poema de Kafka nos propone es el instante: las imágenes de la fascinación son inestables, evanescentes – escapan a la memoria común, duran tan solo lo que dura su revelación, el tiempo justo de nuestro sobrecogimiento. Y, sin embargo, en esa revelación hay algo enigmáticamente fundamental – como si solo a través de ella fuera posible escapar a las épicas banales del yo, y a las diástoles y las sístoles de su memoria cautiva: las solicitudes menesterosas de la seducción y el desencanto. El artista, el escritor es un trampero de las imágenes de la fascinación: es alguien que busca huir de la impostura de su memoria cautiva, es alguien que quiere hacer memorable lo que huye – y cautivarnos. Desde la fascinación, lo que se revela es la extrema irrisión que hace que la historia de la modernidad sea precisamente la del sujeto, la deplorable épica de unas formas de sujeción: emblemáticamente, la historia de esa derrota comienza con un relato autobiográfico (*Le discours de la méthode* de Descartes) y se cierra con otro (*Mein Kampf* de Hitler), de un terrible portazo.

Este es el problema cuyos contornos se han intentado poner a prueba aquí. Las páginas que siguen no son, pues, una novela psicoanalítica – son un *ensayo* de itinerario a través de este dominio complejo.

Sin duda eres alguien, pero ¿quién? Por momentos, la imagen que te devuelve el espejo se asemeja en todo a un carboncillo escolar trabajosamente copiado. Son exactamente tus facciones – no puedes negarlo. Y sin embargo, es como si en ese retrato tan minucioso se hubieran deslizado algunos fallos de aprendizaje: una cierta contradicción en el equilibrio de los trazos, la falta de brío de algún rasgo – como señales de un agujero pusilánime en el talento del dibujante, como una bruma inmiscuida en el brillo de la mirada. Te miras y te dices que sin duda eres alguien, que ese del espejo eres tú. Y eres tú. Pero no hay nadie.

Lo que hay son médanos apenas, y barrancas, y ramblas secas – todo un vaivén de tendencias, que son huellas, por supuesto, pero que han dejado de llevar a ninguna parte: se retuercen sobre sí mismas mostrando simplemente lo que son, los rasgos de alguien que se mira al espejo y se dice que todo podría haber

sido de otra manera, aunque la forma precisa de ese silencio que te habita parezca hoy tan ineluctablemente fatal. Es la verdad. Mira, no quisiera hacer literatura: te escribo desde el presentimiento de un vacío cada vez más difícil de soportar. Quisiera escribirte frente al espejo, como tratando de caligrafiar el laboreo del tiempo en el rostro, para saber de qué habla y qué dice – para saber cuál podría haber sido esa tierra escondida de la que me sé exilado, y cuál mi gente. Pero el espejo es ahora solo una ventana que se ha helado, y a través de ella no puede verse nada – nada sino el rostro borroso de alguien que intenta ver algo, alguien que tal vez espera ver lo que no puede verse. Emplazado ante esta ventana que no admite viento alguno, soy – solo soy. Ahora solo soy una soledad densa, opaca, como la presencia de la noche que no es nada, que es tan solo ausencia de luz, de calor, de colores – apenas un intervalo como el que separa al rayo del trueno, y que se parece tanto al tiempo de una vida. A la espera, frente a una pantalla, frente a un papel en blanco. Y es cierto que quisiera escribirte para llenar con un poco de verdad ese tiempo muerto de la espera – para que la muerte no la cre por entero sus cuatro esquinas, para demorarla. Pero lo es también que te escribo sin para ni por qué, tal vez porque nadie me conoce como tú, que siempre has adivinado la balanza exacta que mide mis anhelos con mi paciencia, y desde tan lejos. Así te escribo, con el agotamiento de los guerreros que yacen recostados y ausentes aguardando el fin de la tregua, mientras un pájaro sobrevuela el campo de batalla. Quisiera escribirte así, desde dentro de esa ebullición lenta de paisajes que es el tiempo de la espera. Y contarte de sus faunas imprecisas, sus climas, sus vegetaciones – desde dentro de esa ebullición, que es sin embargo tan fría. Mira, he descubierto que soy alguien que espera. Que mi cabeza es una ciudad que se demora

desde siempre en la luz imprecisa del alba. He descubierto que, casi contra todo, nunca he sido otra cosa sino ese semblante inmóvil de ahora en la escarcha del espejo, el de alguien que espera. Y es realmente difícil acomodarse en la espera, bien difícil. Tal vez porque tampoco es nada fácil saber qué es exactamente ser alguien.

Frente a una pantalla en blanco: el abuelo te ha llevado a ver tu primera película, en el centro parroquial del pueblecito donde pasas tus vacaciones escolares – de la mano. Es una antigua película muda, del Oeste americano – tal vez fuera un clásico porque luego has visto repetidas sus escenas en cientos de otras películas, como si la citaran, como si no hicieran sino usar el alfabeto allí acuñado, cientos de veces. Recuerdas que la acción se interrumpía cada tanto, y tras unos parpadeos en blanco de la pantalla, aparecía, tiernamente solemne, un cartel negro, orlado, con unas pocas frases que reproducían el diálogo de los actores o iban aclarando la trama de la acción. Tú las leías, trabajosamente, y entonces comprendías el sentido de lo que estaba ocurriendo: de lo que acababa de ocurrir, de lo que estaba a punto de ocurrir – ibas ensartando las cuentas de una historia.

Ahora, ante el espejo, te ves de nuevo ahí: la acción se ha detenido y tú eres alguien que aguarda la aparición del cartel ante una pantalla en blanco – eres alguien que espera, y ni siquiera sabes qué es exactamente ser alguien.

Alguien es cualquier rostro sin nombre que cruzamos por la calle: una cierta prisa, un aire distraído – esa forma peculiar que tiene cada cual de acompañarse, de llevarse a sí mismo de la mano. Eso es alguien: el fotograma de un desconocido en la pantalla – alguien que es alguien porque no está, porque es como si estuviera... Así te ves ahora en el espejo, como negándote desde el exterior. Puedes gritar tu nombre si quieres, y ni aun así te reconocerás – tan frío es todo. Y, sin embargo, lo que durante años has tomado por tu rostro verdadero, ¿qué era sino apenas los ecos de un nombre en la memoria? Lo que querías ver reflejado en tus facciones era el recuerdo de tantas voces como te han llamado: imperiosamente, con amor, con desprecio, en la oscuridad, nombrado en falso... Era eso lo que eras – y no este silencio de ahora en el espejo. En el rostro casual del desconocido que cruzamos por la calle asoma siempre ese alguien que es, de un modo u otro. Siempre es alguien ese con quien te encuentras al azar: alguien que va o vuelve, que se empuja o

que se arrastra y que, al pasar, te deja entrever un retal de su historia. Y entonces sabes que tu cabeza es una ciudad habitada por mil y una historias – que no conoces. Pero ahora no. Solo ante el espejo, emplazándolo a que te diga su verdad como el hombre rojo de las praderas convocaba las revelaciones de su dios, hablándole de tú a tú y con la cara levantada, el espejo tan solo calla. Y el tiempo te transcurre entonces por las venas con la pereza de la nieve que cae sobre tu ciudad en una mañana sin viento. Puedes decirte que es la enfermedad quien te ha vuelto extraño a ti mismo, o el modo como la medicación te ha embotado el cuerpo, si lo prefieres – todo ese nuevo dibujo de meridianos y paralelos hechos de molestias y pequeños dolores que ha surgido ahora de repente, desplegando un mapa desconocido de tus carnes, y como ajeno. Pero todo eso, a la postre, no es más que otra monotonía, como la de envejecer. Seguro que recuerdas cuando el abuelo decía, hacia el final, que la muerte no duele – ¿recuerdas la melancolía azul ensimismada en aquellos ojos que ya tenían el color de las lágrimas? Algo como eso es lo que me sujeta ahora así de quieto: esa nuez muda, sorda y ciega que se esconde entre mis pliegues, y que aguarda desde siempre. Me pregunto si acaso quiero escribirte de otra cosa que no sea de ese silencio, de esa esfera indolora y transparente que se me ha mostrado como mi nuevo centro.

Como dicen que les ocurre a los ahogados, he visto por instantes desfilar concentrada en un punto imposible mi vida entera – y no era mi vida. Las sabidas diapositivas de la memoria de siempre carecían de importancia, y, en su lugar, una procesión de imágenes deformes parecía a punto de dictarme al oído, como en un suspiro, quién fui y quién he sido. No me

reconozco en el espejo. Narciso se ha ahogado, y desde el fondo de las aguas, recostado de espaldas sobre el limo, escucha el lenguaje de las algas y mira buscando su rostro perdido en las lumbres del agua. Quisiera escribirte como desde el otro lado de ese espejo, enviarte en una botella un mensaje que quizá no hable sino de mi locura de náufrago que ha bebido agua del mar. Aunque tal vez no sea esto, tampoco esto, y en realidad solo quiero contarte de ese viento que me invita, que casi me lleva. De que estoy descubriendo que nunca he habitado mi tierra, que no conozco a mi gente. Que he vivido, en medio de mil ruidos, como en suspenso.

Aguardas, reloj en mano: cuentas los segundos que separan al rayo del trueno, tras la ventana.

Eran pavorosas las tormentas de verano en el campo – sobre todo por la noche, cuando el cielo era una bóveda que parecía romperse y el viento arrojaba lúgubres zarpazos de lluvia negra contra las ventanas. Eran pavorosas esas noches. Y lo siguieron siendo hasta que el abuelo se hizo cargo de tus miedos y te explicó el secreto de las tronadas, te habló de la velocidad de la luz y de la del sonido, te enseñó a calcular a qué distancia caían los rayos – te dijo que solo en el justo centro el rayo iba acompañado del trueno. ¿Te advirtió también que su coincidencia exacta significaba inevitablemente la muerte – que significaba ser alcanzado por el rayo? Tal vez – en todo caso, ahora lo sabes. Ahora has visto el rayo y aguardas, contando los segundos que separan a lo que ya ha ocurrido de lo que va a ocurrir – calculas tu distancia.

Estás ahí, en suspenso.

Cuelgo desnudo sobre tu cama, suspendido boca abajo. Han sellado con cera mis ojos, mis oídos – la mordaza casi me impide respirar. Cuelgo atado sobre tu cama, y no siento nada. Soy solo un péndulo que marca el compás de las horas vacías. Y nadie, nadie sabe lo que aguardo. Tal vez no aguardo nada. Tal vez solo quiera saber de tu ausencia, saber dónde estás y quién eres – qué sueños guían tu mano mientras te acaricias. O por qué lloras cuando lloras, con el rostro hundido en la almohada. Ha pasado tanto tiempo que ni siquiera sé si esa es tu cama.

¿De verdad estás ahí? ¿O bien esos gemidos provienen de los sueños agitados de la pequeña L.? Y si es así, entonces todo cambia: entro en la habitación y demoro mis caricias lentamente, secándote el sudor, pequeña L. Y bebes agua, y sonríes. Y te sientes tan amparada cuando te digo que los monstruos que has visto en sueños no existen que, luego, cuando ya duermes, fumando un cigarrillo en la ventana, las lágrimas me castigan por haberte mentado. Sí, cuelgo sobre tu cama, pequeña L.,

esperando que crezcas y alcances a decirme quién fui, y por qué llorabas. O tal vez no eran estos tus sollozos sino los estertores quedos del abuelo, en el lecho de su último viaje. Puede incluso que seas tú, el bueno de N., querido N., habitante de todos los peligros, tumbado ahora sobre el jergón del calabozo con la sangre seca tirándote del pelo, doblado sobre ti mismo como un feto, suplicando piedad a los torturadores como solo se suplica cuando no se tienen aún veinte años – hace tanto tiempo. Te veo con la expresión de aquel recluta argentino, en la guerra de las Malvinas, gritándole al gurka: No, por favor, hijo de puta, no me mate – antes de que le atraviesen la cara con la bayoneta. Te veo así. Y cuelgo sobre tu camastro para que me digas qué contracorriente de nobleza te llevó a escoger la senda de los humillados y los perdedores, hasta extraviarte fatalmente – para que me cuentes si de verdad tu muerte fue un accidente, si fuiste solo una víctima más de traficantes sin escrúpulos. O si fue otra cosa muy diferente, y saber entonces por qué no quisiste decirme nada ni darme el abrazo del adiós.

Sabes, ahora no puedo recordaros sino así. Ahora mi cabeza es una ciudad sin ventanas en la que llueve serrín, nieve amarillo. Y todo lo que fuisteis se me aparece en estos momentos como refutado finalmente por la brutalidad de alguna suerte de destino que, sin ser el mío, hoy me viera empujado a compartir. Quisiera tanto haber sido de los vuestros. Quisiera tanto haber podido saber querer lo que quiero. Haber podido decirte ahora mismo esto, por ejemplo: ¿Sabes lo que quiero? ¿Quieres que te diga lo que quiero? Quiero que me zarandeéis, ahora, que me empujes, que me tumbes, que me cabalgues, que me cruces la cara. Sin preguntas. A horcajadas sobre mí – así